



ANEXO III

Libertad y sumisión

Jacques Philippe
fragmento de "En la escuela del Espíritu Santo"

[...] En todo lo dicho subyace una seria pregunta: ¿cómo conciliar la libertad del hombre con su sumisión a Dios? Hemos hablado frecuentemente de la necesidad de ser dócil a la voluntad de Dios, de dejamos guiar por el Espíritu Santo, etc. Entonces podríamos objetar que el hombre ya no es más que una marioneta en las manos de Dios. ¿Dónde está nuestra responsabilidad y nuestra libertad?

Este temor es falso: incluso es la tentación más grave con la que el demonio trata de alejar al hombre de Dios. Al contrario, debemos afirmar enérgicamente que *cuanto más sometido a Dios está el hombre, más libre es*. Incluso podemos decir que el único modo que tiene el hombre de conquistar su libertad es el de obedecer a Dios. Eso es difícil de captar y siempre seguirá siendo un cierto misterio, pero, con una serie de comentarios, vamos a intentar hacerlo comprender.

1. La docilidad a Dios no hace una marioneta del hombre. Dejarse guiar por los mandamientos de Dios y por las inspiraciones del Espíritu no significa navegar con «piloto automático» sin tener nada que hacer, sino que da paso a todo un ejercicio de la libertad, de la responsabilidad, del espíritu de iniciativa, etc. Pero en lugar de que ese juego de mi libertad sea caótico o esté gobernado por mis deseos superficiales, está orientado por Dios en el sentido que es mejor para mí. Se convierte en una cooperación con la gracia divina, cooperación que no suprime, sino emplea todas mis facultades humanas de voluntad, de inteligencia, de raciocinio, etc.

2. Dios es nuestro creador, es Él quien en todo momento nos mantiene en la existencia como seres libres. Él es el origen de nuestra libertad y, cuanto más dependemos de Dios, más brota esta libertad. Depender de un ser humano puede ser una limitación, pero no lo es depender de Dios, pues en Él no hay límites: es infinito. La única cosa que Dios nos «prohíbe» es lo que nos prohíbe ser libres, lo que impide nuestra realización como personas capaces de amar y de ser amadas libremente, y de encontrar su felicidad en el amor. El único límite que Dios nos impone es nuestra condición de criaturas: no podemos, sin ser desgraciados, hacer de nuestra vida otra cosa para la que hemos sido creados: recibir y dar amor.

3. ¿Qué es la libertad? No es actuar según nuestros caprichos, sin freno alguno, sino permitir que lo mejor, lo más hermoso y más profundo de mí pueda emerger libremente y no verse ahogado por cosas más superficiales: temores, apegamientos egoístas, falsedades, etc. Si me someto a Dios, esta sumisión va exactamente a «decaparme» de toda una costra que paraliza, para dar paso a lo que hay de auténtico en mí.

Indudablemente, si me someto a la voluntad de Dios, una parte de mí mismo se va a oponer. Ésa es, precisamente, la parte negativa que me condiciona y me limita y de la que me vaya liberar progresivamente. En cambio, la voluntad de Dios no se opone jamás a lo que hay en mí de bueno: la aspiración a la verdad, a la vida, a la felicidad, a la plenitud del amor, etc. La sumisión a Dios poda cosas en mí, pero nunca ahoga lo mejor de mí mismo: las profundas aspiraciones positivas que me habitan. Al contrario, las despierta, las fortalece, las orienta y las libera de los obstáculos a su realización.

4. Esto está confirmado por la experiencia: el que camina con el Señor y se deja conducir por Él, experimenta progresivamente un sentimiento de libertad; su corazón no se reduce, no se ahoga, sino, al contrario, se dilata y «respira» continuamente más. Dios es el amor infinito, y en Él no hay nada de estrecho ni reducido, sino que todo es ancho y amplio. El alma que camina con Dios se siente libre, siente que no tiene nada que temer, sin que, al contrario, todo le está sometido porque todo concurre a su bien, las circunstancias favorables como las desfavorables, el bien como el mal. Siente que todo le pertenece porque es hija de Dios, que nada puede limitarla porque Dios le pertenece. No está condicionada por nada, sino que hace todo lo que quiere, porque lo que quiere es amar, y eso está



siempre en su poder. Nada puede separarla de Dios al que ama, y siente que si estuviera en prisión sería también feliz, porque de todos modos ninguna fuerza del mundo puede arrebatarse a Dios.

5. La verdadera solución del problema no es filosófica, sino existencial. En el plano filosófico, siempre podemos sospechar una contradicción entre nuestra libertad y el querer divino. ¡A fin de cuentas, todo depende de cómo nos situamos ante Dios! La oposición entre nuestra voluntad y la voluntad de Dios se resuelve totalmente si nuestra relación con Dios llega a ser una relación de amor, y solamente puede resolverse así.

Los que se aman unen sus voluntades libre y voluntariamente; dependen el uno del otro, y cuanto más unidos y dependientes, más felices están y más libres son. El adolescente está descontento de depender de sus padres, pues esta dependencia le pesa: preferiría ser autónomo y no necesitar a nadie. Pero el bebé (en el que nos tenemos que convertir, según el Evangelio) no sufre por depender totalmente de sus padres, al contrario, pues ese lazo de dependencia es el lugar de un intercambio de amor: al recibir todo de sus padres, en realidad lo que recibe es amor, al que responde amando, con una manera de amar que es justamente la alegría de recibir, y de devolver en amor lo que recibe.

6. Lo que significa que si deseamos que se solucionen las contradicciones (aparentes) entre el querer divino y nuestra libertad, es preciso pedir al Espíritu Santo la gracia de amar más a Dios, y el problema se resolverá por sí solo. Amar a Dios es la cosa más exigente que existe (nos pide un don total: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todos los medios), pero al mismo tiempo la menos obligatoria que haya: amar a Dios no es una obligación, pues su esplendor y su belleza son tales que amarle es una felicidad infinita. Dios es el bien infinito, amarle no coarta nuestra voluntad, sino que ensancha infinitamente el corazón.

Pero si, al contrario, nos apartamos de esta perspectiva de amor, si la relación entre Dios y el hombre es solamente una relación de creador a criatura, de amo a servidor, etc., entonces el problema llega a ser insoluble... Sólo el amor puede reducir la contradicción que existe entre dos libertades; solamente el amor permite que dos libertades se unan libremente.

Amar es perder libremente la voluntad, pero esta pérdida es ganancia, pues me da al Otro y me entrega al Otro. Amar a Dios es perderse para encontrar y poseer a Dios y, a fin de cuentas, encontrarse con uno mismo en Él: *«Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará»* (Mt 10, 39).